

La Cruz de nro Redentor y la Catedra de  
nro Maestro.

Leido el dia 29. Marzo de 1819.



1840





Excelentísimo Señor.

Para afirmar á la cruz de nuestro Redentor esta cátedra del divino  
Verbo es preciso exponer primero lo que debe saber el hombre y  
quien lo ha de instruir. Criado el hombre á imagen y semejanza del  
mismo Dios, dotado de razón y dueño de sus propias acciones, debe co-  
nocer los principios en que se funda su felicidad, el término á que  
se dirige, y lo que debe observar para conseguir su último fin.  
Dios que todo lo dispone con número, peso, y medida, le proporció-  
na estos conocimientos según la sanidad de los tiempos y las diver-  
sas circunstancias en que el hombre se encuentra. En la creación  
junto con la luz sobrenatural le infunde los principios de su feli-  
cidad, el conocimiento del dichoso término que le aguarda, y los medios  
que debe practicar para conseguirlo. Puesto en tan alto grado de ho-  
nor no sabe conservar su dignidad, sino que se envilece y se hace se-  
mejante á los más estúpidos jumentos. Perdida la justicia original, las  
pasiones todas se rebelan contra la razón, y el hombre no puede obrar  
el bien que conoce, <sup>mas</sup> sino el mal que tanto le repugna: el habría ne-  
cesariamente perecido, si su Criador no le hubiese despanado aquel  
que con su poder le libró del cautiverio, y con su clemencia le reconcilió  
con la divina Magestad ofendida. Esta liberalidad no convenia verifi-  
carse luego con el hombre delinquente: era preciso que el hombre  
conociera el estado de infelicidad en que se hallaba, el poco bien que  
podía obrar con sus propias fuerzas, y que humillado suspirase por  
su Redentor. Estas son, Excmo. Sr., las poderosas razones porque des-  
de la caída del primer hombre hasta la venida del Verbo pasaron



tan prolongados siglos. Verdad es que en esta serie de años no faltó la instancia necesaria al hombre para conocer su felicidad, pero à excepcion de los Patriarcas en la ley natural, de los Profetas en la ley escrita, y de algunos del pueblo judaico, fueran muy pocos los q. creyeran en Jesu Christo Redentor futuro, circunstancia necesaria para reconciliarse con Dios ofendido. Se cumple por ultimo el tiempo determinado por el Eterno Padre, y viene de los colados eternos el figurado por los Patriarcas y satirizado por los Profetas, el hijo primogenito del Dios vivo. Como las obras de Dios todas son perfectas, envia à su hijo para enseñar à los hombres lo que conduce à la perfeccion, y les muestra con su exemplo à cumplir lo que dicta la ley de amor, que noj intimó, aunque repugne à la condicion humana debilitada por el pecado. La mision del Verbo Eterno se dirige à manifestar à los hombres el nombre del mismo Dios, à indicarles los principios en que deben apoyar su felicidad, y à enseñarles los verdaderos bienes que deben apetecer. Esto cumple el hombre Dios sin faltar un jota ni un apice durante la peregrinacion de treinta y tres años sobre la tierra. El buen Maestro es el que mueve con su exemplo à realizar los preceptos que enseña con su doctrina. Nuestro divino Maestro por sus acciones noj reconcilia con un Dios ofendido, y con su doctrina noj enseña cuanto hemos de practicar para conseguir el ultimo y verdadero bien. Esto practico con mayor esmero en la ultima hora de su vida mortal. Allí en el Monte Golgota rodeado de las mayores congoxas, casi abismado en agudisimos tormentos, y pendiente en el patibulo de la cruz, es cuando con su exemplo y doctrina enseña todo el compendio de la ley evangelica; de suerte que el infame suplicio de nuestro Redentor fue trocado en una cátedra utilissima desde donde el sabio Maestro Jesu Christo en-



enseña á sus discípulos los amorosos preceptos de su divina ley. Em-  
piero.

Aman á Dios sobre todas las cosas y al próximo como á nosotros  
mismos por razón del mismo Dios, son los dos preceptos á que se  
reduce toda la ley de amor que nos enseñó el divino Maestro. Ella  
como fundada en la unidad enseña todos los documentos para comu-  
nicar el único y verdadero bien á los que son capaces de percibirlo.  
Por esta comunicación se llaman felices aquellos que poseen dicho  
bien, y sin el todo es <sup>in</sup> felicidad. De esta proposición se colige necesari-  
amente, que ha de amarse con preferencia este bien por el cual  
las demás cosas son dignas de amor, y que estas solamente se aman  
por respeto al mismo bien: en una palabra que Dios sumo y ver-  
dadero bien ha de ser preferido en el amor, y que las criaturas solo de-  
ben amarse por lo que participan del mismo Dios. Dios y otro nos  
enseñó el divino Maestro con particularidad en el parabolo de la caña.  
En esta cátedra de la verdad es en donde Jesu Christo realiza el mayor gran-  
de y saludable de los sacrificios. Hacer sacrificio á alguno es mani-  
festar el alto honor que se le tributa y el amor eminente que se le  
profesa. Toda obra, dice el grande Augustino, que se realiza para  
unirnos á Dios con una santa sociedad, y que se refiere á aquel por  
el cual somos verdaderamente buenos, se llama propiamente sacri-  
ficio. ¿Quien duda, que la pasión de nuestro divino Maestro fue obra  
de la mayor perfecta caridad? ¿No es esta aquella excelentísima virtud  
que le conduxo desde el pesebre hasta el calvario? ¿No es esta la que  
ofreció voluntariamente al Eterno Padre la propia vida de un hom-  
bre Dios, obra de sumo aprecio, e hija primogenita del amor mayor  
acordado? ¿No es esta aquella virtud que restituye superabundante-  
mente á Dios ofendido el honor que el hombre le quitó con su pecado?



Si, en esta obra se sacrifica por amor la vida del predilecto entre los hijos de los hombres que Dios amaba mas, que no aborrecia las ofensas de los mismos hombres. Tal es la doctrina que con su ejemplo nos enseña el divino Maestro en la catedra de la cruz, à fin de cumplir à costa del mas grande sacrificio con el primer precepto de la ley de amor.

El hombre antes de conseguir el sumo bien ha de vivir entre sus hermanos y ha de vencerse à si mismo. Uno y otro le impedirán muchas veces sino se instruye del modo con que debe gobernarse para llegar al dichoso termino de su carrera con el mas glorioso triunfo sin que le venga su flagra. En la catedra de la cruz es en donde el divino Maestro enseña las solidas maximas que conducen al hombre para su felicidad. Inflamado de una caridad ardiente y sin perturbar el orden que esta exige, socorre primero à sus proximos que à su propio acipso. Oprimos la doctrina que nos dispensa en el instante mismo de su crucifixion, y veremos cumplidos con el exemplo los preceptos que enseñó à sus discipulos. Tal es: amad à vuestros enemigos, haced bien à los que os persiguiereu, y orad por los que os blasfemian de oprobrios y maldiciones: si queris ser dichoso, exerced la misericordia con los miserables, y si queris agnadar à Dios tributad todo honor y respeto à vuestros Padres. Las sentencias que nos inculcan la caridad con los enemigos, la misericordia con los miserables, y la piedad con nuestros Padres: virtudes que con toda perfeccion practica el divino Maestro en el patibulo de la cruz.

Si considero las personas à favor de las cuales dió aquella primera sentencia, Padres, pecadores, pues ignoran lo que hacen, observo, que su caridad se estienda à todos los pecadores, pues ellos son sus verdaderos enemigos y los que le crucifican con sus pecados. Si en las circunstancias del tiempo en que profirió tan saludable petición, <sup>lo ejecuta</sup> veo que cuando los ~~viene~~ <sup>viene</sup> videntes acababan de dividir en su misma presencia los partidos que ignominiosamente



le quitaran, cuando le habian abierto con duros y agudisimos chazos a que-  
llas cuantas fuentes de sangre que chorreaba de sus pies y manos, cuando  
por la corona de espinas no puede reclinar su cabeza sobre el madero de  
la cruz, cuando el pueblo seducido por los Escribas y Fariseos le trata de  
Seductor y de blasfemo y le carga de ignominias, en una palabra, quan-  
do sufre en su delicado cuerpo unas penas las mas terribles y la mayor  
afliccion en la parte inferior de su espiritu, en tances es cuando profie-  
ra aquel amoroso nombre propio para excitar a misericordia, Padre,  
perdonale, que no saben lo que hacen: como si dixera, yo soy uno entre  
mas es conocido de mi corazón, ellos me persiguen, pero yo los perdono,  
perdonale tambien tu, Padre mio, pues que tu voluntad y la mia estan  
siempre conformes y unidas: son dignas de compasion en los males que  
cometen, estos males les ciegan de tal modo que pueden llamarse igno-  
rantes. Disculpa digna de ser proferida por boca del Maestro que ense-  
ña la ley del divino amor, y que muy antes su mismo espiritu nos enseñó  
por boca del sabio, <sup>dicendo:</sup> que yerran y por consiguiente son ignorantes los que  
obran mal.

Despues de haber socorrido a los enemigos como mas necesitaban, su  
inmensa misericordia se difunde con liberalidad a los miserables. El pri-  
mer maestro de la Fe enseñada por el divino Maestro, el primer confesor  
del crucificado, el buen ladrón es el que experimenta los mas copiosos ray-  
gos de esta invisible virtud: estas son las palabras que nos animan con  
toda confianza, hoy serás conmigo en el Paraiso. El divino Maestro co-  
mo obediencia de sus tormentos y mundo cual otro David cuando le mal-  
dican y llenan de oprobios los soldados y los sacerdotes, abre su boca y dis-  
pensa favores con abundancia a un pobre penitente que con un corazón  
consciente y humillado le confiesa por su Dios y le aclama por su Rey.  
¡Oh feliz ladrón! su miras al crucificado y le confiesas por tu Señor: tu re-  
para la figura de un condenado a muerte y exalta y publicas la dig-



vidad del Rey que obtiene. (condado de maldades pide) à la misma justi-  
cia que te condone tu iniquidad. ¿Que esperas de un hombre que va à mo-  
rir por instantes? ¿Que has visto en un crucificado lleno de oprobrio?  
¿Que premio puede darte el que segun los Judios muere en un palabu-  
lo por las maldades que cometiò? Es pero, dice en boca de este penitente  
el Padre San Juan Chrysostomo, pacífica palabras propias para  
nuestra instruccion: veo à aquel que està condenado à muerte el opro-  
brio que està patente, pero reparo su reque que està oculto: aguardo qd  
aparte mis publicas maldades y que acepte la fidelidad de mi intencion.  
¿Si la malicia usurpò y vituperò al discipulo de la verdad, la verdad mis-  
ma no mudará al discipulo de la malicia? Yo tengo libre de penas, dice  
por el el Padre San Gregorio, la boca para confesar y el corazón para  
oír, y tocado por la divina gracia enco su divinidad, espero ser con-  
socio de su Rey, le amo y publico por el unico objeto de mi amor. No  
sòlo consisten las saludables instrucciones que no dá el divino Maestro  
en esta cathedra de la verdad de confesar delante de su Padre al que le  
confesare sobre la tierra, sino que no enseñan con el exemplo, que  
sus promesas nunca faltan, ni tampoco su doctrina. No son sòlo  
los conocimientos que hemos sacado los que sacamos de aquellas pala-  
bras, hoy serà conigo en el Calvario, escucháremos lo que pasa en el  
calvario y miramos al ladrón convertido para no desconfiar, y al otro  
ladrón que se pierde, muere obstinado como la ceguedad de los Judios, y  
conoceremos la flaqueza de la voluntad humana. Escucháremos lo  
que pasa en el calvario, y observáremos luego à tres crucificados: uno  
inocente, este es Christo; otro penitente, este el buen ladrón; y otro  
obstinado, este el mal ladrón. De aqui aprenderemos con San Cipria-  
no, que cada uno de nosotros ya sea pecador, ya sea justo ha de lle-  
var su cruz: mas el justo la lleva para subir, y el pecador para  
su confusion; el justo sabe no puede ser discipulo de Jesu Christo



sino carga con su cruz y le sigue. Todos los que quieran vivir piamente con Christo Jesus padecerán persecuciones, dice el Apóstol. Esta vida aunque corta, explica el gran Padre San Agustín, es una continua tribulación: sino hay tribulación no hay peregrinación, pero si es peregrinación, ó se ama poco la Patria, ó sin duda se padecerá tribulacione: si alguno no las ha aun experimentado, piense que no ha empezado á ser christiano, concluye el mismo Padre. La tribulacion es un vínculo indisoluble de la vida christiana, refiere San Juan (misistomo, pero esta se acaba con la muerte y se premia con la gloria. La cruz del mal ladrón es inseparable del mismo, jamas se acaba, sino que dura por la eternidad. Los malos no quieran sufrir el yugo suave de la cruz de Christo, y se fatigan en llevar los cinco yugos de bueyes para servir á los cinco sentidos de la carne que constituyen la cruz del diablo. Esta es la doctrina que en tales circunstancias nos enseña el Divino Maestro.

La ultima de las sentencias que profirio para la utilidad del proximo fueron aquellas palabras de amor piadoso que dirigió á su madre y al discipulo predilecto que estaban cerca de la cruz: Virgen, cad alí tu hijo, é hijo, cad alí tu Madre: Virgen, no te nombro Madre, porque este vocabulo de amor traspasa mi corazón: yo parto de este mundo para mi Padre, y tu quedas sin Padre, sin Esposo, y sin hermanos: yo no quiero dexarte destituida de todo auxilio humano, te encargo á mi carisimo Juan, el tendrá cuidado de tí como un hijo lo tiene de su madre, y tu le mirarás como á hijo. El Discipulo dexó á su Padre, á su madre, y todo quanto poseia para seguir á Jesus, y el Señor le recompensa su pronta obediencia con encargarle el cuidado de su madre cuya ocupacion es ciertamente mas delicada que las delicias que dexó el mismo Juan. De esta piedad que usa el hijo con su propia madre se deduce el grande amor que los hijos han de tener á sus Padres, y estos á los hijos sin que exceda los límites de una perfecta caridad. El Divino Maestro entre los mayor y mayor tormentos pronuncia con su



propia lengua el último testamento à favor de su Padre y del disci-  
pulo amado, y nos enseña con el ejemplo cumplir con exactitud el pre-  
cepto de piedad con que nos mandó honrar, socorrer, y aliviar à nues-  
tro Padre en sus necesidades. Los Padres aman à sus hijos porque los  
engendran, y por la herencia que descubren en ellos. La Virgen  
Padre era la única que tuvo parte en la paternidad temporal de  
su hijo y este era el más hermoso entre los hijos de los hombres,  
y no obstante ofrece gustosa el sacrificio para no oponerse à la vo-  
luntad del eterno Padre.

Concluidas aquellas primeras palabras con que nuestro divino  
Padre nos enseñó las tres grandes virtudes de caridad para los enemi-  
gos, de misericordia para los miserables, y de piedad para nuestro Pa-  
dre, en la misma catedral después de un profundo silencio de tres ho-  
ras, después de aquella padregosa eclipse que cubrió de tinieblas la re-  
donde de la tierra, después de abierro los sepulcros y partida las pie-  
dras, después que todas las criaturas insensibles no pudieron conener el dolor  
por lo que padecía el Dios que las crió, nuestro divino Padre ~~estaba~~  
enseña con cuatro sentencias, cuatro virtudes necesarias à los discipu-  
los del crucificado, y les descubre su grande humildad, su paciencia con-  
sistente, su perseverancia constante, y su perfecta obediencia. La humil-  
dad parece la virtud característica de nuestro legislador, esta es la que  
enseñó en todas sus palabras y en todos sus hechos durante su vida mor-  
tal. En ella enseñaba à sus discipulos que aprendieran de él el ser-  
vicio y humildad de corazón. Mas ahora que por el peso de su cuer-  
po se han dilatado las llagas de sus pies y manos, ahora que ha padecido  
tormentos lo más enormes, cercano à la muerte clama con alta voz:  
Dios mío, Dios mío, porque me has desamparado! Porque por breve  
tiempo has apartado de mí <sup>que Dios</sup> aquella protección que siempre le  
habías dispensado! Parece le ha dexado. Mas en tan dolosas penas, pero  
esto convenia para enseñarnos lo que padeció el divino Padre en  
ofrecer el sacrificio oneroso por nuestra redención. Podia Dios Padre  
proteger à Christo è impedir su pasión, podia el mismo Jesús pro-  
teger à su propia carne para que no experimentase los dolores, podia el al-



ma de nuestro Redentor difundir en su cuerpo el don de impassibili-  
dad e incorrupcion: mas quisieron el Padre, el Hijo, y el Espiritu Santo  
permitir que la fuerza humana prevaleciese por algun tiempo con-  
tra Jesu Christo. Por la passion de su propia carne y por la humilla-  
cion que padece el alma a su Padre: Dios mio, Dios mio, porque me has  
descompañado! Porque permites que toda mi gloria quede obscurecida a  
la presencia de los hombres! Mi gloria se funda en el poder, y asi como al  
madero de la cruz parece que nada puedo: mi gloria se apoya en la  
subiduria, y con el desprecio que de mi hacen los Ministros y Principes  
de los sacerdotes parece me falta el juicio: mi gloria se funda en todas  
las bienes y prerrogativas que poseo naturalmente, mas para cumplir  
con tu voluntad me humillo y para manifestar a mis discipulos  
el premio que les proporciona la humildad, sufre aquella corona de  
espinas en lugar de una corona de oro, aquella cana en lugar de cetro,  
un patibulo por trono, y por nosotros dos ladrones. Esta humil-  
dad proporcionara mi propia exaltacion, y la proporcionara a cuanto  
se humillan por <sup>mi</sup> amor. El que se humilla sera exaltado.

No es la humildad sola la que ensena Jesu Christo; la paciencia  
en las contradicciones es necesaria a sus discipulos, y esta nos inculca  
el mismo Maestro en la catedral de la cruz con aquellas palabras: sed  
sereno. Que Jesu Christo tuviera sed natural despues de tanta efusion  
de sangre no hade admirarnos, pues que el dexar el cuerpo con  
abundancia seca el corazon y provoca sed. Lo que debe admirarnos es  
que por tres horas continua haya sufrido tan penoso tormento sin  
desplegar sus labios. Mas el queria cumplir lo que habia vaticina-  
do el Profeta, en mi sed me dieron para beber un sorbo de vina-  
gre, y sobre todo queria enseñarnos aquella grande sed que tenia de  
la salvacion de las almas como espiritualmente lo significan las mis-  
mas palabras tomadas en el sentido espiritual segun opinan los San-  
tos Padres. El sufrio con tanta paciencia, que puede llamarse acen-  
tissimo dolor, el que no encontrase alguno en todo aquel tiempo que  
se conuiesse junto con el mismo. Esperó quien le conuiesse y  
no le halló; el solo sufría aquel grande tormento: tenia sed de la



concesion de aquel pueblo ciego y obstinado, tenia sed de la conversi-  
on de todos los pecadores, y usario con paciencia que para muchos  
no vivieran en penas y trabajos. Tal es la virtud que nos enseña  
con el exemplo y tan necesaria para conseguir el bien à que es-  
piran los discipulos del crucificado. No enuentro, dice San Cipria-  
no, no enuentro entre los caminos de la doctrina celestial cosa que  
sea mas útil para la vida ò mayor para la gloria à todos los  
que estubimos en los preceptos del Señor, ya por temor, ya por  
devoçion, como el que sustentamos la paciencia con toda obser-  
vançia.

Solo falta que el divino Maestro instruya à sus discipulos de  
de la catedra de la cruz de aquellas dos virtudes de la perseverancia y  
de la perfecta obediencia à las disposiciones de Dios tan necesarias à  
los que quieren seguir à Jesu Christo. La perseverancia nos la ense-  
ña con aquellas palabras, está todo consumado. Está ya completado  
el misterio de mi vida y siempre <sup>siempre</sup> persevero constante en cum-  
plir tu santissima voluntad. Está consumada ~~mi~~ mi predicacion evan-  
gelica y he manifestado tu nombre à los hombres: está tambien  
concluido el otro encargo que me hiciste, pues he bebido hasta las  
heces el amargo caliz de la passion: está consumado todo quanto  
debía cumplirse para que los profetas se encontraran fieles en  
quanto ~~redimieron~~ redimieron de mi desde el fardo hasta el salvario: está aca-  
bado el poder concedido à los hombres y à los demonios contra Jesu-  
Christo en expresion de San Juan ~~su~~ su castano: está acabada mi ma-  
ana, y si ali del fardo para venir al mundo, otra vez de esso al mundo  
y me vuelvo al Padre. Por ultimo está consumado el sacrificio ma-  
yor de todos los sacrificios, y ahora dice San Leon, cesando la variedad  
de los sacrificios annales, con una sola oblation del cuerpo y sangre de Je-  
su Christo se cumplen todas las oblaciones. queda todo consumado:  
la Iglesia purificada con toda perfeccion, los sacramentos insti-  
tuidos, el diablo vencido, Christo triunfante con la victoria, y el hom-  
bre instruido de que si persevera constante hasta la muerte en los  
tramientos que tanto le humillan participará de los bienes que esen-  
cialmente disfruta el divino Maestro. Esta perseverancia ~~me~~ mece-



ció que Dios le exaltase y que le diese un nombre muy aprecia-  
ble que todos los nombres: pues con solo nombrar á Jesús doblan la  
rodilla los cielos, la tierra, y los infernos.

La obediencia á los decretos del Eterno Padre fue el móvil que  
dirigió todas las acciones de Jesús Christo sobre la tierra. Esta virtud  
están necesaria á la ley de amor que sin ella es casi imposible ob-  
servar los preceptos que esta ley impone. Penetrado el Divino  
Maestro de esta necesidad, en la catedral de la cruz nos la enseña  
con las últimas palabras que habló durante su vida mortal. Con alta  
y prodigiosa voz profiere: Padre en tus manos encomiendo mi es-  
píritu. Palabras dignas de imprimirse en los corazones de los  
discípulos del Divino Maestro <sup>por ser</sup> como profecías en un tiempo en  
que manifiestan la grande obediencia que tuvo á su Eterno  
Padre. Estando para morir luego, voluntariamente entrega la vi-  
da del cuerpo al poder y voluntad de su Padre, pues que estas son  
las manos de Dios según el código sagrado. La carne repugnaba  
la muerte, mas para cumplir las sabias disposiciones de la volun-  
tad divina se sujeta gustoso al ~~último~~ golpe mortal. Con esto  
enseña el grande aprecio que tiene á la obediencia: esta era co-  
mo su comida en todo el tiempo de su vida mortal, y en toda ella  
no hizo mas que la voluntad del que le envió para verificar la  
redención del genero humano. La obediencia de Jesús Christo es  
fue determinada á una cosa sola. Negada la propia volun-  
tad ahora manifiesta el poder y gloria de Dios, ahora lo oculta y  
se humilla porque así lo quiere su Eterno Padre: enseñándonos  
con el exemplo a quello mismo que nos dictó con su doctrina, el  
que quiere venir después de mí negarse á sí mismo. Falta  
solo que cumpliere con toda exactitud el último y mas profundo  
acto de una perfecta obediencia. Viste Vega Jesús Christo como  
lo indican las palabras: en tus manos encomiendo mi espíritu: co-  
mo si dixera, Padre, yo he recibido de ti el precepto de dexar mi  
vida para recobrarla otra vez, ahora ha llegado el tiempo de  
cumplir tu mandato: verdad es que la separación de mi alma y  
de mi carne es muy amarga porque permanecieron unidas



con perfecta paz y caridad desde el principio de mi concepcion  
hasta el presente: la muerte introducida por envidia del diablo  
es verdaderamente enemiga de la naturaleza y lo mas terrible;  
no obstante como tus preceptos estan fijos en lo mas intimo  
de mi corazon ellos han de prevalecer à toda la vida. Estoy  
pronto à morir y con eluyo gusto so la bebida del amargo caliz  
me dispensaste. Tu precepto fue de dexar mi vida para recibir  
la otra vez, entus manos pues la encomiendo para que à su  
tiempo me la restituyas. Obtenida por el divino Maestro la  
licencia del Eterno Padre para morir, inclinada la cabeza, con  
propia de la obediencia, orando, y con su muerte nos manifes-  
to quanto Dios aprecia la obediencia en aquellos que se expo-  
nen quito à la muerte por no faltar à tan apreciable vir-  
tud.

S. E. puede conocer, si la cruz de Jesu Christo, fue la verdade-  
ra catedral del divino Maestro. En ella consumió practicamente  
el sacrificio de amor con que nos reconcilio al Eterno Padre. En ella  
enseñó con exemplos todo lo que la ley de amor dispone à quanto  
la profesa. En ella nos manifestó la caridad que debemos à  
los enemigos, la misericordia para con los miserables, la piedad  
para nuestros Padres, la humildad virtuosa característica de los  
discipulos del crucificado, la paciencia como inseparable de la vida  
Christiana, la perseverancia para lograr el bien que el se-  
ñor promete à los que le siguen, y por ultimo la obediencia sin  
la cual es como imposible cumplir con los preceptos de la ley  
de amor.

Narciso Bayona



Se leyeron los R.<sup>os</sup> Estatutos  
el Ex<sup>mo</sup> S.<sup>o</sup> Marques de Casa-casigal leyó  
un poema sobre la eloquencia.

y el R. P. Fr. Bruno Cavallo leyó un Discurso  
sobre los honores concedidos en Tarragona  
por el ex<sup>to</sup> Francés quando se apoderó de  
aquella Plaza el día 28. Junio de 1811.